

Buenos Aires hacia 1840

Buenos Aires fue primero una aldea, después la Gran Aldea, y después, ya entrado el siglo XX, una ciudad cosmopolita, abierta a las culturas inglesa y francesa, y fiel reflejo de ellas. El siglo XIX –al menos durante sesenta o setenta años– fue una prolongación de la vida colonial. Los graves conflictos políticos que perturbaban los ánimos no inquietaron una vida social tranquila, quieta, serena.

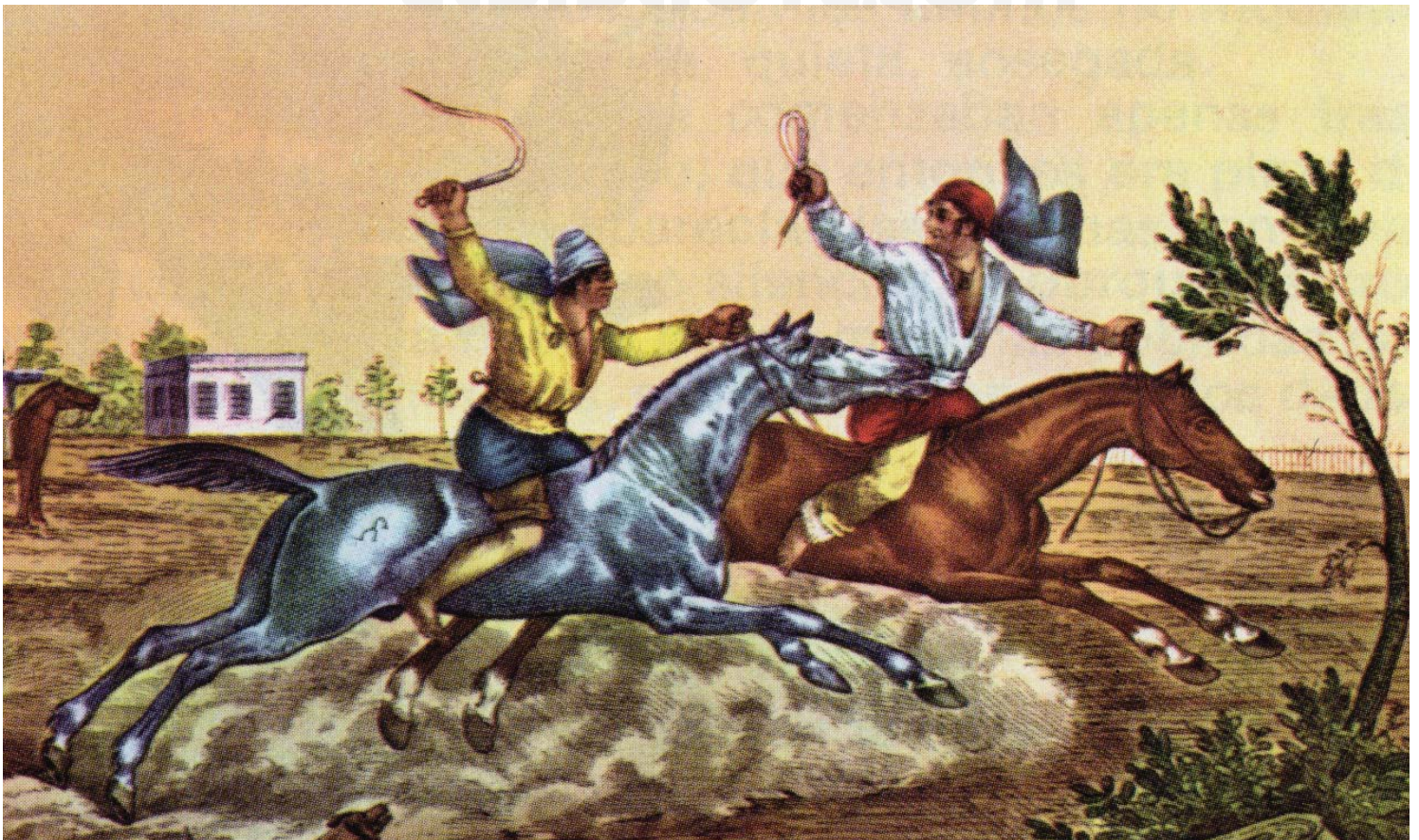
Veladas de antaño

Como la luz era escasa, se cenaba temprano: a las cinco o seis de la tarde. La velada se prolongaba con el mate, que en las reuniones sociales se servía de leche y con canela.

Estas reuniones se celebraban sobre todo sábados, domingos y días festivos. Se bailaba con piano, violín y flauta, sobre todo el minué, un estilo de baile de origen francés que los criollos adaptaron con ritmo de gato. Las tertulias –o peñas– se iniciaban aún estando de día y se prolongaban en la noche pese a la mala iluminación.

La luz se conseguía con aceite de semilla de nabo, y para exterior con unos velones de grasa de poroto. Pero las mejoras en ese sentido se iniciaron pronto: en 1853 se instaló un gasómetro en Retiro destinado a la iluminación de la ciudad.

También en ese año los porteños se acostumbraron a un nuevo medio de transporte: el ómnibus. Claro que tirado por caballos; se instalaron diez líneas que cumplían diferentes recorridos, y el punto de salida era la Plaza de la Victoria.



Carreras cuadreras.